

## LOS ASPECTOS DEMOGRÁFICOS DEL PROBLEMA SOCIAL

POR EL

**Dr. Raúl A. Orgaz**

Profesor de Sociología en la Universidad Nacional de Córdoba

---

El "Museo Social de Córdoba" se dispone —como acaba de expresarlo el Dr. Poviña, cuyas palabras recojo cordialmente— a exteriorizar su actividad mediante una serie de conferencias destinadas a agitar diversos temas atinentes a la sociedad argentina y cordobesa. Se ha querido que nosotros iniciásemos ese ciclo, y hemos aceptado el honor, esperanzados en marcar el fecundo consorcio entre el pensamiento y la vida, que estas conferencias intentan realizar. El examen teórico de la vida social se complementa, así, con el análisis de sus elementos concretos y circundantes, y mucho se habrá alcanzado si en cada uno de los problemas candentes que aquí se consideren se vislumbran directivas y se divisan senderos que lleven a soluciones aun provisionales. Se ha dicho que un problema empieza a ser solucionado cuando es bien comprendido, y esta comprensión cuidadosa de las condiciones y factores que influyen en cada uno de los aspectos de nuestras instituciones, es la misión fundamental de un museo como el nuestro, a cuyo frente figura un hombre joven, de prestigio docente bien ganado.

La importancia de los aspectos demográficos en lo que puede llamarse "el problema social contemporáneo" ha sido puesta de resalto más de una vez. Como miembros de la

---

Conferencia pronunciada bajo los auspicios del Museo Social el 6 de Junio de 1938 la que fué precedida por unas palabras del presidente del mismo.

cultura de Occidente, los argentinos no podemos permanecer indiferentes a la crisis demográfica europea, tanto más cuanto que algunas manifestaciones de ella empiezan a exteriorizarse también entre nosotros. Veremos más adelante que, no obstante la deficiencia de los instrumentos de análisis de que podemos disponer (especialmente, de las estadísticas oficiales y particulares) cabe desde ahora señalar la concordan-  
cia entre fenómenos demográficos europeos y fenómenos demográficos argentinos; lo que no hará inútiles para nosotros las inferencias y conjeturas que respecto de los primeros obtuvieron sociólogos y hombres de ciencias especializados.

A fin de ajustar nuestra exposición a un plan, examinaremos rápidamente el tema con arreglo a un triple enunciado: primero, *los hechos*; segundo, *las teorías* y tercero, *la política demográfica*, confrontando, en cada caso, y siempre que los elementos de observación lo permitan, los hechos y fenómenos europeos con los argentinos.

*I. Los hechos.* — Como datos precisos, en lo que concierne a la población y a sus problemas contemporáneos, encontramos tres principales: el urbanismo, la desnatalidad y la débil densidad de la población.

La atracción que ejercen las grandes ciudades y la correlativa despoblación de los campos y regiones rurales es, sin duda, un fenómeno grave, sobre cuyas proyecciones y consecuencias trabaja incesantemente la atención de hombres de Estado y de hombres de estudio.

“Según los primeros censos exactos, en 1801, Europa no tenía más que 21 ciudades de más de 100.000 habitantes, mientras un siglo más tarde contaba con 160; en la primera fecha sólo se encuentran en Europa 2 ciudades de más de 500.000 habitantes contra 23 en 1901; y casi todas las otras ciudades gigantes de los países nuevos se han levantado de golpe sobre su suelo virgen” (Clerget: “Zurbanis-

me", cit. por Brunhes y Vallaux: "La Géographie de l'histoire", p. 193). (1)

Estadísticas relativamente recientes —en todo caso, las últimas— comprueban el incremento progresivo de la población urbana sobre la rural. He aquí los datos finales.

*Holanda*: población rural, 8 %; urbana 92 %; *Bélgica*, 22 y 78, respectivamente; *Inglaterra*, 20,7 y 79,3; *Alemania*, 35,6 y 64,4, etcétera. En la República Argentina, el movimiento urbanista se advierte a través de los tres censos realizados: mientras en 1869 la población rural era el 71 % de la población y la urbana sólo el 28,28 %, en 1895 bajó al 62,61 % la rural, para aumentar al 37,29 la urbana. Finalmente, en 1914, la población rural representaba menos del 50 % de la población total (exactamente el 47,26 %) frente a un 52,74 % de la población urbana.

Si no podemos, con entera certidumbre, hablar de "causas" de un fenómeno social, por la consabida complejidad de la vida humana, cabe, en cambio, señalar *correlaciones* entre hecho y hecho. Así, parece indudable la vinculación efectiva que media entre el urbanismo y el desarrollo de la cultura material, que estimula el acrecentamiento del nivel de vida de los individuos. El refinamiento de las costumbres, el aliciente de la vida cómoda, los incentivos de la figuración social, hacen de las ciudades núcleos de irresistible atracción, donde las gentes se aglutinan y apelmazan en procura de los halagos y dulzuras de la civilización material. La omnipotencia del Estado, su política enérgica y dominadora crea el sentimiento de la seguridad personal inmediata —no importa si con libertad o sin ella— y esto contribuye, asimismo, a que las gentes se congreguen bajo la tutela de una administración y de una policía eficaces. En fin: el cambio comercial, con sus varias operaciones de especialización de las industrias y del comercio, de almacenamiento de mercaderías y concentración de personal, entra como antecedente

(1) Véase: RENE HUBERT: "Manuel élémentaire de Sociologie", pág. 387; París, 1925.

explicativo de la condensación demográfica de las ciudades. Los resultados generales del urbanismo son, entre otros, la decadencia del artesanado rural, la disminución de la producción agrícola, el encarecimiento de las sustancias alimenticias y el predominio político de las grandes ciudades (2), esto es, la *metropolarquía*, la jefatura social —a veces la tiranía— de los centros urbanos de un país sobre el resto de la población.

El otro aspecto del problema demográfico es el de la *desnatalidad*, que es un fenómeno de civilización íntimamente vinculado con el *urbanismo*, pues es en las ciudades donde, generalmente, se halla la menor natalidad. El siglo XIX y el primer tercio del actual parece señalarse por este carácter esencial, y hay un cierto paralelismo —como hace notar Waltz— entre fenómenos tan disímiles en la superficie, como la disminución de los nacimientos, el aumento del número de los suicidios, el desarrollo de las cajas de ahorro, el desarrollo de las instituciones democráticas, el debilitamiento de la fe religiosa y la disminución de la mortalidad. De hecho, este paralelismo parece insinuar que hay correlación causal entre algunos de esos fenómenos con el de la desnatalidad. ¿Quién negará que si el cristianismo tuvo el mérito de hacer fecundo el amor, precisamente al disciplinarlo mediante la moral, la relajación de las costumbres y el debilitamiento de las creencias religiosas algo tienen que decirnos en la explicación del hecho de la desnatalidad? Por otra parte, la masculinización de la mujer, el celibato de los funcionarios femeninos, el mayor número de las mujeres económicamente independientes actúan para favorecer el estancamiento de la natalidad. El régimen democrático, en cuanto se vincula, a lo que se ha llamado, con frase vigorosa “la capilaridad social”, la tendencia del hombre —como los líquidos en ciertas condiciones— a ganar altura, a destacar y subrayar su yo, a lograr el pleno re-

---

(2) HUBERT. loc. cit., pág. 388.

conocimiento de su personalidad parece, igualmente, contribuir al mismo resultado. En fin: la multiplicación y la concurrencia de los placeres, la variedad de las excitaciones psíquicas, distraen al hombre del incentivo sexual, y el instinto correlativo se desvaloriza, pierde algo de su energía en medio de ese tumulto de goces y refinamientos a que convida la civilización de nuestro tiempo. El influjo del deseo de ascender sobre el desarrollo de las familias numerosas ha encontrado su fórmula precisa en la ley que reza que "el volumen de la población tiende a variar directamente con la riqueza total e inversamente con la elevación de los niveles de vida"; es decir que si la suma de los bienes materiales que hacen cómoda o deleitosa la vida ha aumentado prodigiosamente, ha crecido aún más la parte que cada individuo reclama en esos bienes, lo que obliga a restringir la extensión de las familias en cuanto la abundancia de prole obstaculiza alcanzar el nivel de vida que se desea conquistar.

Las cifras de la estadística comprueban la baja natalidad progresiva en países no sólo europeos, sino americanos. Así mientras la natalidad normal era antes, por lo general, de un 40 por mil, en Francia esa cifra es hoy de un 16.10 %, en Alemania de un 18 por mil, en Estados Unidos de un 16.4 por mil, en Italia de un 23.20 por mil, en Inglaterra de un 25.3 por mil. Por lo que concierne a la Argentina, el por mil de la natalidad es de un 25.4, inferior al de Chile, Méjico, España y Japón y superior al de país tan semejante al nuestro como es el Uruguay.

"Nuestra natalidad —consigna el último "Anuario Demográfico" (del año 1934)— descende, y si no se ha llegado todavía a las bajas proporciones de muchos países, perdemos, sin embargo, anualmente, 1.1 por mil, lo que significa unos 14.000 nacimientos por año. Este descenso es más rápido en la actualidad que en años anteriores, pues antes, para perder tres enteros tenían que pasar diez años". El crecimiento vegetativo argentino hasta 1938 —según el in-

forme de la Dirección General de Estadística— fué de 155.449 individuos, y es el más bajo que se registra desde 1921, si se exceptúa el del año 1935, fecha en que fué de sólo 150.848 sujetos.

El tercero de los aspectos de la población, como problema social, es el de la tenue densidad, particularmente grave en la República Argentina. Es indudable que la débil densidad de la población origine una vida nacional lánguida, con relaciones inter-sociales un tanto toscas y rudimentarias; ello, aun contando con los progresos maravillosos de la técnica, que acorta prodigiosamente las distancias y acelera la transmisión de las ideas y de las cosas de hombre a hombre y de pueblo a pueblo. En virtud del axioma estadístico según el cual “el crecimiento relativo de una población dada se efectúa en razón inversa de su densidad”, tenemos, en la República Argentina que si antes, con una densidad del 2.8 habitantes por kilómetro cuadrado, la población del país crecía en 5 % y se duplicaba, por consiguiente, cada 20 años, más tarde con una densidad de 3.5 habitantes por kilómetro cuadrado la razón del aumento de la población ha disminuído del 5 % al 4 %; o sea que la población se duplicaría entonces no a los 20 años sino a los 25; por lo cual los directores del censo de 1914 calcularon que hacia 1940 la Argentina debería poseer unos 16 millones de habitantes. La realidad parece retardar un tanto sobre ese cálculo, y la pobre densidad de la población del país argentino, así como su mala distribución dan razón de la anormalidad que comporta una capital de primer orden a la cabeza de una nación de segundo orden por el volumen de su población.

II. ¿Qué *doctrinas* se ha pretendido edificar sobre las varias manifestaciones de la evolución demográfica? Son muchas las teorías que han intentado concretar científicamente relaciones entre el volumen y densidad de la población por, una parte, y los procesos vitales por la otra; entre

el volumen y densidad de la población y la emigración; entre ese mismo volumen y densidad y las formas de la organización social; entre ellas y las guerras y revoluciones; entre el volumen y la densidad y la aparición de hombres superiores y de nuevas invenciones, etcétera. Es imposible extraer aquí todas esas generalizaciones e hipótesis; pero antes de aludir especialmente a la que puede llamarse "la teoría demográfica de la historia", conviene recordar siquiera de paso, las posiciones doctrinarias de hombres como Adolfo Coste y Emilio Durkheim, llenas de atisbos interesantes. Coste, hace cerca de 40 años, extendió a todas las funciones sociales la tesis del profesor Kovalevsky según la cual "el motor principal de la evolución económica es la marcha ascendente de la población". Después de separar los *hechos sociales* (gobierno, producción, creencias y solidaridad) de los *hechos mentales* o ideológicos (bellas artes, filosofía, ciencia pura) y de establecer que no hay correlación entre ellos, pues la pequeña Grecia produjo los primeros filósofos y artistas de la antigüedad mientras la grande Roma jamás brilló a igual altura que los griegos, Coste sostiene que cabe medir el valor social de cada pueblo— (o su *socialidad*)— valor que depende tanto del volumen como de la densidad de la población. Durkheim, por su lado, hizo notar que el aumento del volumen y de la densidad de la población aumenta la división del trabajo, y que la división del trabajo tiene por efecto multiplicar las relaciones sociales, acentuar la variabilidad individual, debilitar el peso de la tradición y acelerar la diferenciación colectiva.

Ambos puntos de vista son insuficientes. La separación de lo *social* y de lo *mental*, punto de arranque de Coste, es arbitraria e imprecisa, pues lo psíquico y lo social son aspectos solidarios de una sola y misma realidad humana, y el contraste entre la alta socialidad de Roma con la alta mentalidad de Grecia sólo revela que se trata de manifestaciones complejas, cuyas condiciones deben ser examinadas, sin que pueda generalizarse el antagonismo que se cree des-

cubrir en esos ejemplos: todos adivinan que la tesis de Coste insiste excesivamente sobre la faz *cuantitativa* de la evolución humana, tan dominada, sin embargo, por factores psíquicos, esto es, por la cualidad de los elementos individuales de cada pueblo. En cuanto a las ideas de Durkheim, muestran la falacia de querer explicar mecánica —o mejor— automáticamente los efectos de la división del trabajo; pero ambas tienen el mérito de subrayar la importancia del factor demográfico en toda vida social efectiva.

Mayor interés revisten las tesis y principios de que parte el profesor Conrado Gini, los que tienen por eje el problema de la desnatalidad. En sus obras "*Los factores demográficos de la evolución de las Naciones*" y "*Nacimiento, evolución y muerte de las naciones*", Gini —que es presidente del Instituto Italiano de Estadística, sostiene que la causa principal de la evolución social es el factor demográfico, y que la base de la movilidad o metabolismo social es la natalidad diferencial debida a causas biológicas. Las clases altas de una sociedad se reproducen menos que las clases bajas, lo que parece comprobarse al cotejar la natalidad en las ciudades donde se concentran los elementos ricos, con la natalidad en la campaña; al confrontar la natalidad de los barrios obreros con la de los restantes de una misma ciudad; al confrontar asimismo, las estadísticas de las sucesiones, etcétera (3). La procreación menor de los estratos superiores de una comunidad da origen a una corriente ascensional incesante, que lleva hasta las clases superiores a los individuos mejor dotados de las inferiores, y otra descendente, menos rápida, que lleva a lo bajo a los miembros decaídos de los sectores elevados. Gini, sin negar la importancia del *deseo de ascender*, o de la capilaridad social en la explicación de esa natalidad diferencial, se inclina a dar la primacía a los factores estrictamente biológicos. "La limita-

(3) V. G. LEVI DELLA VIDA: "La teoria della circolazione delle aristocrazie del Pareto e la teoria del ricambio sociale del Gini" (en "Archives de Sociologie", Roma, 1935).



ción de los matrimonios y de la descendencia, aunque ocurra naturalmente bajo la guía de la voluntad, se cumple venciendo obstáculos, que en nuestro caso están representados —observa Gini— por el instinto genésico. El fundamento fisiológico de la limitación de la prole resulta probable en virtud de varios hechos: la más frecuente esterilidad de las clases elevadas, la no menos frecuente morti-natalidad que en ellas se observa... la frecuente imposibilidad, de parte de las madres, de alimentar a sus hijos, y los sufrimientos del parto, mucho más agudos que lo que acontece en las mujeres de las clases bajas, constituyen otros tantos indicios y manifestaciones de una menor aptitud para la reproducción". Así, al lado de las condiciones económicas y sociales de la movilidad social, habría que tener en cuenta las condiciones biológicas. Las consecuencias de esta diferencia de natalidad entre las clases sociales, son: la tendencia a desaparecer los núcleos de la nobleza y la modificación de los caracteres antropológicos de la población.

Estas conclusiones del profesor Gini se complementan con su filosofía demográfica de la historia, esto es, con la teoría del desarrollo cíclico de la población (4). El ciclo de una nación sería análogo al del individuo, y Gini describe la parábola de la evolución social al trazar, a la luz del factor demográfico, las etapas de la *juventud* o expansión, de la *madurez* o plenitud y el de la *decadencia* o senilidad de las naciones. Durante el primer período originado por la inmigración o por la expulsión de las clases dominantes, no hay gran diferenciación social, pero sí una alta fertilidad demográfica (como se ve, en el pasado, con los ejemplos de Troya, Atenas y Esparta, y en el presente, con el caso de Australia, Canadá, Nueva Zelandia y Argentina). A medida que la civilización se desarrolla, se acentúa la distinción entre las clases dominantes y las dominadas. El segundo período coincide con una gran prosperidad económica y un gran poderío político. Empieza a disminuir la

(4) "Archives" cits.: pág. 13.

fertilidad de las clases altas y a aumentar la velocidad del metabolismo social, a la vez que las clases bajas, con la emigración y las guerras, pierden sus componentes más prolíficos y audaces. En el último período, o sea el de la *deca-dencia*, se acentúa la baja de la fertilidad de los núcleos rectores, y aun la de los núcleos inferiores, empeñados en reducir su descendencia para facilitar su progreso social. La conscripción de miembros salidos de los últimos, no basta para cubrir los vacíos de la clase alta: aparecen la crisis económica y el urbanismo, se esparce un espíritu de pacifismo burgués, crece el ahorro, se desarrollan los refinamientos del arte y de la literatura. Es el período de la democracia, del aburguesamiento y del pacifismo, de las urges tentaculares y del industrialismo.

No puede negarse el interés de las precedentes tesis y conclusiones del profesor Gini; pero es menester confesar que la parábola o ley de la evolución de las naciones, que nos ofrece, no es mejor ni peor que otras generalizaciones de las filosofías de la historia construídas; ayer y hoy, por eminentes pensadores: se apoya sobre ciertos hechos indudables; pero no tiene en cuenta muchos otros que quedan fuera del alcance de sus tesis, como probaría la historia de la China y la India, por ejemplo <sup>(5)</sup>. En cambio, la teoría de Gini en lo que concierne a la natalidad diferencial de las clases sociales, sin hallarse concluyentemente demostrada, ofrece cierta flexibilidad o relatividad que la hace digna de consideración, toda vez que Gini, al sostener que la natalidad diferencial se debe principalmente a factores fisiológicos, no descarta el influjo de las fuerzas psíquicas, esto es, de los factores voluntarios y de los fines, que concurren también a dar razón del fenómeno aunque sean, por sí solos, insuficientes para explicarlo exhaustivamente.

III. — Tales los hechos demográficos y tales las in-

(5) SOROKIN: "Contemporary sociological Theories", pág. 429. — Londres, 1928.

interpretaciones de los mismos, es útil ahora —para finalizar la exposición que hemos querido presentar al “Museo Social de Córdoba”— acercarse a la *política demográfica* seguida por algunos países europeos, particularmente afectados por el urbanismo y por la desnatalidad. Ya hemos consignado antes las cifras que indican que ambos fenómenos empiezan a aquejar también la composición del agrgado argentino.

En la revista “Política”, de enero de 1937, E. Jordan muestra que la población francesa no sólo aumenta poco, sino que envejece. El excedente de los nacimientos ha bajado en algo más de un siglo, un 80 %, y lo grave es que esa baja no proviene del contraste entre una fuerte natalidad y una fuerte mortalidad sino de la diferencia entre una pobre natalidad y una pobre mortalidad (6). El resultado es que este descenso de natalidad debe dar 25 ó 30 años más tarde, un número menor de procreadores posibles. Cuando se comprueba que en cinco años, desde 1931 a 1935, la baja de nacimientos ha sido de cerca de 100.000, cabe preguntarse —dice el autor— cuántos esposos podrá haber en 1951 ó 1955.

En Alemania se nota el mismo fenómeno. Observan los especialistas que es necesario no cometer el error de leer las estadísticas de los nacimientos y de las muertes sin fijarse en la repartición de la población por grupos de edades. Por ello, cuando se leen con atención las cifras de esas estadísticas para la población alemana, se advierte que los grupos juveniles disminuyen. La Oficina de Estadística del Reich (1931), sobre la base hipotética de que el número de nacimientos permanezca constante, lo mismo que la mortalidad en las diversas edades, y fundada en las tablas de mortalidad de 1924-1926, prevé el envejecimiento de la población alemana. Así, los niños de 0 a 15 años, que repre-

(6) La baja mortalidad no seguida de una natalidad satisfactoria, tiene el grave inconveniente de contrariar la obra de la selección natural por la supervivencia de los menos fuertes.

sentaban el 34 % de la población en 1910, ahora sólo representan (1930) un 23.37; este número aumentó ligeramente hasta 1934 (un 24.5 %) y llegará en 1960 a 21.7 %. En cambio, los adultos de 45 a 65 años, que eran en 1910 un 15.3 % y un 20 % en 1930, aumentarían a 27.9 en 1960. Los efectos de este envejecimiento serían muy dignos de ser tenidos en cuenta: 1º) los hombres en edad de trabajar tendrían que mantener un mayor número de personas; 2º) aumentará el gravamen emergente del seguro de vejez e invalidez; 3º) se agravará el desequilibrio económico, pues la ventaja de que la disminución de la mano de obra alivie el mercado del trabajo únicamente se hará sentir después de unos 20 años.

La política demográfica no puede ser la misma en países sometidos a condiciones étnicas y económicas muy diversas, ni es la misma en naciones que viven bajo el régimen de la paz armada que en pueblos libres de ambiciones imperialistas y de pesadillas belicosas. No hay duda, con todo, que el mero debilitamiento de la natalidad y el envejecimiento de la población comportan un problema inquietante. Las medidas que para contrarrestar ese fenómeno adopten los gobiernos y los estadistas, servirán para precisar el verdadero carácter de la crisis demográfica, pues es obvio que si ésta depende más de condiciones biológicas que de factores psicológicos, la eficacia de aquellas medidas se verá fuertemente contrarrestada, y no habrá ley Papia Poppea que pueda oponerse, con éxito, a un hecho regido por las leyes oscuras de la vida.

La lucha contra la despoblación asume en Europa caracteres interesantes, que es útil recordar en estos momentos. Desde luego, supuesto que los dos medios naturales de promover un incremento de la población son la inmigración y la multiplicación de los elementos más prolíferos, es claro que la lucha contra la mortalidad, especialmente de la mortalidad infantil en las clases pobres —las más prolíficas— es el eje de una sana política demográfica. Así se ha en-

tendido ella en Francia, cuya mortalidad es la más alta en Europa, fuera de España, Rumania y Portugal.

En cambio, es notorio el mecanismo administrativo montado en Alemania y en Italia para promover el alza de la natalidad. En Alemania la vuelta a la tierra, el alejamiento de las urbes opresoras, la "desindustrialización" son predicados por los estadistas del régimen actual. Junto con esta propaganda, los "préstamos de matrimonio", no inferiores a 300 marcos, y destinados a la compra de utensilios y de muebles para el hogar, con fáciles medios de reembolso total en caso de que los contrayentes beneficiarios no obtengan descendencia, ha dado resultados satisfactorios. En Italia las preferencias acordadas por las comunas y los establecimientos públicos, en la designación de empleados, a los padres de familia, las primas a los empleados que dentro de ciertos plazos contraigan matrimonio, las medidas de orden fiscal y financiero en favor de las familias numerosas, el seguro de la maternidad, el subsidio al recién nacido, etcétera, revelan una honda preocupación gubernativa y un ardor infatigable en el combate contra los factores de la despoblación.

La República Argentina toma nota de la gravedad de la crisis demográfica europea; pero su política congénere ha de enderezarse más bien a corregir los defectos de la distribución y concentración de la población nacional que hacia los peligros de una desnatalidad fácilmente conjurable todavía. La pobreza de la densidad de nuestra población sigue siendo el gran problema demográfico argentino. Latzina hacía notar, en 1914, que la provincia de Catamarca necesita más de un siglo y medio para duplicar su población, la de la Rioja 125 años y la de Salta 100 años. ¿Podemos así pensar en acercarnos al sueño de Sarmiento, que es el discurso de la Bandera, hace 65 años, vaticinaba 100 millones de argentinos reunidos alrededor de la insignia de Belgrano?

En cuanto a la baja de la natalidad en nuestro país,

si creyésemos que las crisis sociales se conjuran con exhortaciones y recomendaciones, repetiríamos el consejo que Bergson nos da para corregir el frenesí de goce material que hoy domina a los hombres, y diríamos que es necesario *simplificar la vida*, volver a la sencillez y sobriedad de las costumbres patriarcales, amar la tierra y alejarse de los refinamientos de una existencia vacía y superficial. Pero el sociólogo no confía mucho en la eficacia del moralista: espera mucho más de la fuerza de ese sentimiento optimista que siempre ha caracterizado a los argentinos, y que algunos llaman "la fe en la grandeza futura del país". La confianza en el porvenir es, en efecto, la verdadera fuente de juventud de la población de un país llegado a su madurez.

---